

# Desde la periferia académica. Los estudios de las mujeres en la primavera democrática

## From the Academic Periphery. Women's Studies in the Democratic Spring

Ana Laura de Giorgi,<sup>1</sup> María Goñi,<sup>2</sup> Belén Cucchi<sup>3</sup> y Florencia Bentancor<sup>4</sup>

### Resumen

Lejos de ser solo un período de transición entre la dictadura y el de la plena vigencia de las garantías democráticas, la década del ochenta se presenta como un tiempo con densidad propia, especialmente si se observan procesos como el surgimiento de los llamados estudios de las mujeres, cuyo desarrollo inicial se reconstruye en este artículo. Este campo no emergió en el interior de la universidad pública, sino en sus márgenes, en centros de investigación que operaron como espacios fértiles para la producción de saber. Las condiciones de su aparición posibilitaron una propuesta epistemológica desobediente del canon académico, de carácter interdisciplinario y con una vocación explícita de transformación política. A diferencia de otros campos, sus comienzos no estuvieron marcados por la moderación política ni por la distancia epistemológica, sino por el compromiso con una agenda de cambio.

**Palabras clave:** estudios de las mujeres, década del ochenta, epistemología feminista, transformación política.

### Abstract

Rather than serving merely as a transitional phase between dictatorship and the full restoration of democratic institutions, the 1980s can be understood as a period with its own distinct historical and intellectual weight. One key process of that decade was the emergence of what came to be known as women's studies, whose early development is traced in this article. Significantly, this field did not take root within public universities but at their margins, in research centers that became fertile spaces for knowledge production. The circumstances of its emergence gave rise to an epistemological stance that challenged the academic canon, embraced interdisciplinarity, and explicitly sought political transformation. Unlike other academic fields, its origins were shaped not by moderation or detachment, but by a clear commitment to an agenda of social change.

**Keywords:** women's studies, 1980s, feminist epistemology, political transformation.

<sup>1</sup> Departamento de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

<sup>2</sup> Prorectorado de Investigación de la Universidad de la República, Uruguay.

<sup>3</sup> Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

<sup>4</sup> Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

## Introducción

En el año 2025 se cumplen cuarenta años desde el inicio de la recuperación democrática en Uruguay. El año 1985 marcó la asunción del primer gobierno electo tras elecciones generales en las que compitieron partidos políticos, que se convirtieron en los principales responsables de la conducción del país, relegando así a los militares del ámbito de las decisiones públicas. Desde entonces y hasta la actualidad, los partidos han retornado a la escena pública, mientras que en simultáneo se ha ampliado el repertorio de actores que buscan incidir y participar en los procesos colectivos de toma de decisiones. Los últimos diez años son un ejemplo de esto, que sirve a fines de comprender una arena política que necesariamente debe incluir a otros actores, como los movimientos sociales y, en particular, al movimiento feminista, que tensiona la política democrática al ampliar tanto las bases de participación como las agendas de discusión.

El camino transitado por el movimiento feminista no ha sido sencillo ni de constante acumulación, más bien de marchas y contramarchas con relación al propio movimiento y al contexto sociopolítico en el que se ha desplegado (De Giorgi, 2022; Johnson, 2000). Las olas y los ciclos históricamente han mostrado que la lucha feminista no es una constante acumulación y que para el análisis de cada momento debe comprenderse su especificidad, tanto para dimensionar las impugnaciones feministas como las reacciones. Mirar desde 2025 a 1985 nos permite comprender la contingencia de la lucha feminista en la posdictadura, los legados que pueden identificarse hoy y aquellos elementos que pertenecen a otro tiempo histórico.

El objetivo de este artículo es reconstruir el surgimiento de los estudios de las mujeres en Uruguay en la década del ochenta, mediante el análisis de las condiciones institucionales, políticas y epistemológicas que permitieron su emergencia fuera de los espacios universitarios tradicionales, y reflexionar sobre el carácter transformador y desobediente que marcó sus comienzos. Este texto presenta los resultados de una investigación en la que se han consultado fuentes escritas como revistas feministas, cuadernos y libros de la época; así como fuentes orales a partir de entrevistas a algunas de las protagonistas que hemos podido llevar a cabo en los últimos años.

Las entrevistas se desarrollaron en el marco del proyecto I+D «Hacia un pensamiento propio. La producción de ideas feministas del sur entre el movimiento y la academia en el Río de la Plata». El archivo documental refiere a fuentes disponibles como es el caso de la revista *Cotidiano* que se encuentra digitalizada en Internet Archive y *La República de las Mujeres* que puede ser consultada en la hemeroteca del Palacio Legislativo. Otras fuentes documentales son parte del acervo del proyecto I+D antes mencionado como es el caso de los materiales del Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo (Ciedur) y del Grupo de Estudios sobre la condición de la Mujer en el Uruguay (Grecmu).

### 1. Los ochenta y los estudios de las mujeres

Hasta hace relativamente poco, la década del ochenta había recibido escasa atención por parte de la investigación social, en especial si se la compara con las décadas del sesenta y del setenta. Los primeros abordajes tendieron a caracterizar este período como un tiempo de transición, una etapa bisagra entre dos regímenes políticos. Esta mirada estuvo fuertemente influida por los estudios de la denominada *transitología*, centrados en el análisis de los partidos políticos y las formas de gobierno, con un énfasis particular en los problemas de la gobernabilidad y la estabilidad institucional (De Riz, 1985; González, 1985; Rial, 1984). Esta primera lectura fue objeto de revisión por parte de enfoques críticos que problematizaron la centralidad adquirida por la noción de democracia en los debates de la época,

así como los efectos limitantes de su definición en términos meramente procedimentales, que tendió a obturar otras discusiones posibles. Los aportes de Cecilia Lesgart (2003), Álvaro Rico (2005) y Álvaro de Giorgi Lageard (2014) resultaron fundamentales para comprender que la democracia no fue un punto de llegada natural tras la excepcionalidad de la dictadura, sino una construcción política disputada, cuya forma y contenido fueron objeto de controversia.

Investigaciones centradas en fenómenos de la posdictadura han mostrado que la centralidad que adquirió el debate en torno a la democracia a mediados de los años ochenta fue posible no solo por la participación de actores partidarios, sino también por la intervención de movimientos sociales que no solo recentraron dicho debate, sino que también ampliaron sus sentidos. Además de los trabajadores y las trabajadoras organizadas y el movimiento cooperativo (Nahoum, 1999), tanto el movimiento estudiantil universitario en la posdictadura (González Vaillant, 2018) como el movimiento gay-lésbico (Sempol, 2014) fueron actores protagónicos de un discurso democrático y de las disputas de sentido en torno al término democracia. En la misma línea, la investigación de Ana Laura de Giorgi (2020) reconstruye la intervención feminista en dicho discurso y señala que un régimen democrático no podría contar en modo alguno con «ciudadanas de segunda» ni con una división sexual del trabajo que recluyera a las mujeres en el mundo doméstico.

La consigna de las feministas chilenas «Democracia en el país y en la casa» fue retomada por sus pares uruguayas, expresando una apuesta por un régimen que, en aquel contexto, habilitaba la posibilidad de impulsar todas las transformaciones necesarias para desarmar un sistema injusto, el autoritarismo de todos los tiempos, que ubicaba a las mujeres en un lugar subordinado (De Giorgi, 2019). Las feministas uruguayas de los años ochenta —en su mayoría vinculadas al campo de la izquierda (De Giorgi, 2020)— encauzaron sus luchas en el marco democrático, entendido como un espacio que permitía la reapertura de lo político, en contraste con la clausura impuesta por la dictadura reciente (Lesgart, 2003). En ese camino, al igual que otros actores e intelectuales del período, dejaron en segundo plano la vía revolucionaria como horizonte de transformación política.

La discusión sobre la transformación política impulsada por las feministas de los años ochenta se procesó en diversos espacios y adoptó múltiples modalidades. Las instancias más reconocidas remiten a las incipientes organizaciones sociales feministas, a las movilizaciones callejeras y a uno de los dispositivos más representativos de su lenguaje político: las revistas feministas (Bentancor y De Giorgi, 2024; Fry et al., 2024; Sosa, 2020). Sin embargo, el feminismo también habitó y construyó otro espacio fundamental, que no se inscribe en el campo del movimiento social, sino en el campo académico-intelectual. Aunque los feminismos suelen ser abordados desde la literatura sobre movimientos sociales, resulta imprescindible visibilizar la labor que han desarrollado en el plano de las ideas: no solo en su dimensión discursiva, sino también en términos conceptuales. Se trata de un trabajo sostenido, expresado en horas de estudio, investigación, debate, reflexión y elaboración teórica, orientado a traducir esos saberes a un lenguaje capaz de construir un horizonte emancipatorio compartido.

Las indagaciones sobre lo ocurrido en la década de 1980, junto con los debates desarrollados en el campo intelectual, dan cuenta de un proceso atravesado por la preocupación por la democracia, identificado como una etapa de renovación intelectual. Se trató de un movimiento de reflexión conceptual orientado por la revalorización de las libertades políticas que ofrecía el régimen democrático, sin que ello implicara abandonar el horizonte socialista de la igualdad. Como analiza Jimena Montaña para el proceso liderado por Aricó y Portantiero, el horizonte democrático se impuso como alternativa política a la revolución sin renunciar al ideal de transformación social (Casco, 2008; Montaña 2013).

Otros estudios, desde una perspectiva más crítica, han analizado la revisión del marxismo y el abandono del horizonte revolucionario por parte de ciertos intelectuales como un repliegue hacia posiciones más realistas, funcionales e incluso convenientes para el desarrollo de sus carreras profesionales. Se ha señalado, en este sentido, la conversión de intelectuales orgánicos en figuras domesticadas (Mansilla, 2002), así como el pasaje de intelectuales comprometidos a académicos o expertos, definidos por Kohan (2006) como «tecnócratas académicos». Diversas investigaciones centradas en América Latina, y particularmente en el caso chileno, han documentado los efectos negativos que tuvieron las dictaduras sobre la labor político-intelectual, que promovieron un distanciamiento entre pensamiento y acción, y debilitaron la orientación transformadora del pensamiento crítico (Devés, 2003; Moulian Emparanza, 2015). En el caso uruguayo, algunos académicos protagonizaron este llamado a la mesura política (Filgueira, 1985) y académica (Filgueira, 1985; Garcé 2005) y la ciencia política fue identificada como una disciplina clave en este proceso de reconversión, marcada por el abandono de la utopía y el giro hacia una racionalidad tecnocrática (Ravecca, 2019).

Como plantea Cristina Moyano (2016), existe una tesis compartida sobre la destrucción del campo intelectual previo a 1973, pero los debates en el campo intelectual y los procesos de reconversión no pueden ser comprendidos únicamente desde las perspectivas transitológicas, ni reducidos a la importación de marcos teóricos o al influjo del financiamiento externo de las organizaciones no gubernamentales (ONG). En el marco de esas discusiones sobre lo político y la producción académico-intelectual, también se construyeron otros saberes (Moyano, 2016, 2018). Si bien han predominado las lecturas que enfatizan la ruptura de los intelectuales con formas de producción de conocimiento comprometidas, otras miradas han permitido reconocer que, en ese mismo contexto, surgieron nuevas modalidades de investigación —como la investigación-acción— y formas renovadas de compromiso con los sujetos populares, fundamentales tanto para la reflexión teórica como para la revitalización democrática (Moyano, 2016). En este sentido, el feminismo uruguayo tiene mucho que aportar al análisis de este proceso, mostrando que no todo fue abandono de las utopías ni claudicación frente a la lógica del financiamiento externo o la tecnocracia.

Resulta especialmente interesante entonces revisar y analizar el proceso de inauguración de lo que en su época se denominó estudios sobre «la condición de la mujer» y que comenzaron a consolidarse en Uruguay en la década de los ochenta. Si bien existen antecedentes de investigaciones sobre las mujeres, es en los centros de investigación donde se consolida este nuevo campo de estudios específico, constitutivamente interdisciplinario (Barrancos, 2013). Los estudios «sobre la condición de la mujer» emergieron en la región para llenar un vacío existente en las distintas disciplinas con relación a la producción de conocimiento que tuviera a las mujeres como objeto de estudio (Maffia, 2008). Así, produjeron en su génesis información —cuantitativa y cualitativa— sobre las situaciones y experiencias de las mujeres que fue clave para la construcción de una narrativa feminista sólida, respaldada en datos y reflexión teórica.

Las investigadoras feministas de los años ochenta no constituían un grupo homogéneo: según sus trayectorias e inserciones profesionales, se posicionaban más cerca o más lejos de la academia, y más o menos vinculadas a la institución universitaria. Los textos que analizan los estudios sobre las mujeres suelen identificar a estas investigadoras como antecesoras del campo, estableciendo un parámetro comparativo con los *Women's Studies* desarrollados en Estados Unidos (Bellucci y Smaldone, 2021; Navarro, 1979). Esta comparación resulta pertinente en tanto compartían un mismo objeto: la construcción de conocimiento formal y sistematizado sobre las mujeres. Sin embargo, los espacios en los que tuvo lugar este proceso fueron distintos. Mientras los *Women's Studies* se consolidaron desde su origen en el ámbito universitario estadounidense, en América Latina —y en

particular en el Cono Sur— el desarrollo del pensamiento feminista se desplegó inicialmente en márgenes institucionales, atravesado por otros vínculos entre saber, política y práctica.

Es importante señalar que este análisis se centra en una etapa específica del desarrollo de los estudios sobre las mujeres y el feminismo: aquella marcada por su consolidación en un espacio híbrido, situado entre la academia y el movimiento, pero desarrollado fundamentalmente por fuera de la universidad. Los primeros antecedentes de esta trayectoria pueden rastrearse en la década de 1970, en donde tuvieron lugar los primeros estudios que analizaron la situación de las mujeres (Aguilar y Lijterman, 2024; Navarro, 1979) para luego reconfigurarse e integrar el movimiento feminista de los ochenta.

En este sentido no abordamos el proceso que sí tuvo lugar en los años noventa asociado a una nueva denominación de los «estudios de género», un fenómeno que como señala Carosio (2019) implicó disimular y muchas veces ocultar el componente de justicia social en aras de lograr la aceptación como un campo de los saberes en humanidades y ciencias sociales (p. 149). Por esta misma razón, tampoco utilizamos la denominación «feministas académicas» como se ha abordado en algunos estudios feministas (Femenías, 2005; Lozano, 2019). Aunque algunas veces así eran nombradas —junto a las denominaciones de investigadoras o profesoras— su trayectoria profesional no era la de una académica consagrada exclusivamente al mundo académico o universitario.

## 2. La periferia académica feminista

El inicio de la reflexión teórica sobre la situación de las mujeres en Uruguay no tuvo lugar en la universidad pública, sino en su periferia, en centros de investigación privados que recibían financiamiento externo para su funcionamiento y que cumplieron un rol fundamental en el marco de la dictadura cuando se cerraron o intervinieron carreras. Este fue un fenómeno de carácter regional, ejemplo de las primeras indagaciones sobre la situación de las mujeres tuvieron lugar en el Centro Brasileiro de Análisis y Planejamento (1969) y la Fundación Carlos Chagas (1964) de Brasil, el Centro de Estudios de Población (1974) y el Centro de Estudios de Estado y Sociedad (1975) de Argentina, también la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en Chile. En Uruguay para el caso de los estudios de las mujeres son fundamentales dos centros: el Centro de Investigación y Estudios de Uruguay (CIE-su) y el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo de Uruguay (Ciedur).

En el caso uruguayo, los centros de estudio funcionaron como refugio intelectual frente al vaciamiento que de la Universidad de la República se hizo durante el período de dictadura. Estos espacios nuclearon —principalmente y como sucedió en otros países de la región— a las Ciencias Sociales y Humanidades, apostando a sostener la investigación nacional sobre los problemas que surgían del entorno y brindando oportunidades de formación. La labor intelectual desarrollada fue relatada como de «resistencia académica» (Prates, 1987b, p. 21) o en la llamada «Universidad extramuros» (Paris de Oddone, 1986), reivindicando así el rol político de la producción académica y ampliando los sentidos de la resistencia a la dictadura en el contexto de un debate, aún vigente en aquellos años, sobre las opciones políticas frente a los terrorismos de Estado.

Fue en estos espacios y durante la década de los ochenta, que inició la reflexión teórica y la investigación acerca de la «cuestión femenina», luego denominada «cuestión de la mujer». Particularmente en el marco de CIEsu y Ciedur se conformaron grupos de investigación y estudio que fueron configurando un cuerpo de conocimientos con identidad propia.

En CIEsu, fundado en 1975, se inauguró en 1979 el Grecmu, creado a partir del impulso de Suzana Prates, quien nucleó a investigadoras del área de Ciencias Sociales y Humanidades —Silvia

Rodríguez Villamil y Graciela Sapriza, así como Nea Filgueira, Nelly Niedworok y Beatriz Lovesio—. Greemu, tal como indica su nombre, se constituyó inicialmente como un grupo de estudios dentro de CIESU, para luego independizarse y construir una línea propia de investigación exclusiva en torno a la *condición de la mujer*. Gracias a contar con casa y fondos propios, pudo desarrollar investigaciones y un activismo feminista que hacen de esta experiencia un caso singular en comparación con otras de la región y con Ciedur en Uruguay. Desde este espacio se inauguraron tanto los estudios que reflexionaban sobre las mujeres y su relación con el trabajo, como aquellos orientados a la historia de las luchas feministas y del movimiento de mujeres.

Por otro lado, en Ciedur —fundado en 1977—, una década después se conformó en 1986 el Programa de Desarrollo y Género, impulsado por Rosario Aguirre, quien al retorno de su exilio buscó abrir una línea de investigación sobre los problemas de las mujeres en el ámbito laboral. Participaron allí distintas investigadoras como Cristina Torres, Estela Méndez y Susana Rostagnol, entre otras, que aportaron en diferentes momentos y con distintos roles desde las ciencias sociales y humanas. En este marco, y también con el apoyo de fondos extranjeros, se impulsó una línea de investigación que analizó la heterogeneidad y articulación entre diferentes formas de trabajo —asalariado, informal, trabajo doméstico y de cuidados— y las desigualdades por las que transitan las mujeres.

Con la creación de ambos espacios —no sin resistencias al interior de los Centros en donde se alojaron, pero respaldadas por el financiamiento internacional— condensaron diferentes objetivos que de forma interrelacionada permitieron consolidarlos y situarlos como espacios de referencia en los primeros pasos de los estudios de género, como se denominaron —y denominan— posteriormente.

Las colegas que integraron estos centros y dedicaron sus horas de investigación a comprender las especificidades de la subordinación de las mujeres en nuestro país provenían de las ciencias sociales y humanas. Muchas habían finalizado sus carreras en un contexto de universidad intervenida y cursado posgrados en la región. Estos centros se constituyeron en espacios específicos de formación y autoformación en torno a los temas de la mujer, dado que en ninguna instancia de su educación formal habían tenido la oportunidad de reflexionar sobre dichas cuestiones. Estas primeras investigadoras de la «condición de la mujer» desobedecieron su propio campo de estudios al develar la falsa neutralidad del sujeto político que solía estudiarse —el sujeto revolucionario, el sujeto trabajador— y preguntarse por las condiciones de posibilidad de un nuevo sujeto: las mujeres.

El fenómeno del trabajo, la desigual participación de las mujeres en el mundo del trabajo remunerado, fue una preocupación principal de ambos grupos. Como plantea Rosario Aguirre, fue «una definición y una urgencia» (comunicación personal, 7 de agosto de 2023). Una definición, como herederas de un pensamiento social que buscaba comprender la sociedad a través de las relaciones sociales estructuradas por el fenómeno del trabajo, retomaron ese esquema conceptual para comprender la situación de las mujeres. Los enfoques de la modernización como un proceso lineal fueron revisados, tornando evidente la «incorporación desigual a los procesos de desarrollo» o desde perspectivas más críticas la eficiencia de un sistema capitalista que necesitaba de esta incorporación desigual en el «capitalismo periférico» como lo llamaba Suzana Prates (1987a, p. 17).

Una urgencia, ya que las mujeres habían alcanzado un alto porcentaje de participación en el mercado de trabajo, como mostraban varios estudios. Sin embargo, esta incorporación no había implicado una mejora en el bienestar y calidad de vida de las mujeres. El título de uno de los trabajos de Suzana Prates (1983) expresaba con ironía la falsa promesa emancipatoria del trabajo: «El trabajo de la mujer en una época de crisis (o cuando se pierde ganando)» (pp. 11-32). La preocupación por la desigual participación de las mujeres en el mundo laboral, vista desde la actualidad, podría conducir a una evaluación injusta basada en una aparente medida de su objetivo: simplemente observar qué



sucedía con las mujeres. Sin embargo, visibilizar esa situación constituyó en sí mismo un objetivo disruptivo, que además abrió nuevas líneas de indagación que condujeron a una comprensión estructural de las relaciones de género. Como señala Bock (1991), la historia de las mujeres es necesariamente una historia de las relaciones de género, y esto fue justamente lo que revelaron las primeras investigaciones: la desigual participación femenina en el ámbito laboral responde a una desigual participación en la sociedad, a un orden de género que establece diferentes oportunidades y horizontes.

Los estudios sobre el trabajo rápidamente derivaron hacia el análisis de la familia, ya que resultaba imposible comprender los trayectos laborales sin considerar las limitaciones que esta institución impone a las mujeres, así como las posibilidades que ofrece a los varones. Una nueva línea de indagación se abrió en el registro también de las representaciones e imaginarios culturales porque resultaba imprescindible comprender las mentalidades que sostenían la división sexual del trabajo (De Giorgi, 2020). Cabe señalar igualmente que, aunque fueron extremadamente novedosos los trabajos que buscaron comprender la condición subordinada de la mujer, no dedicaron las mismas energías a teorizar otros asuntos que hacen elementos claves de la opresión patriarcal como el deseo y la sexualidad, diferencia clara con el caso argentino (Bentancor y De Giorgi, 2024).

Con relación al financiamiento internacional este fue un componente clave para el desarrollo y la sostenibilidad de las experiencias investigativas feministas en Uruguay durante los años ochenta dado que esta labor no tenía lugar aún en la universidad y ello no ocurriría hasta los noventa. En los centros, las investigadoras pudieron dedicarse —algunas casi por completo— a desarrollar proyectos de investigación de largo alcance, sin tener que cumplir otras tareas propias de la vida universitaria como la docencia y la gestión. También el financiamiento permitió contar con autonomía respecto a los propios centros de pertenencia donde las mujeres referentes de estos grupos no conformaban parte de las directivas y por tanto no tomaban las decisiones sobre los proyectos y los objetivos de los centros. Greemu, que pasó de funcionar en el sótano del CIESU a contar con una casa propia adquirida gracias al financiamiento internacional, constituye un ejemplo destacado de las oportunidades que este tipo de apoyo brindó para el fortalecimiento institucional y la consolidación de espacios de producción académica feminista.

Las agencias de cooperación internacional comenzaron a incorporar en sus agendas la cuestión de género y los enfoques de «mujeres en el desarrollo», lo que generó nuevas oportunidades para el fortalecimiento institucional y el impulso de proyectos orientados a problematizar las desigualdades estructurales. En ese marco, el acceso a fondos provenientes de fundaciones y organismos multilaterales resultó fundamental para los colectivos feministas y centros de investigación locales, tanto en términos de financiamiento de actividades como de legitimación de sus líneas de trabajo. Así lo recuerda Graciela Sapriza al referirse a las alianzas establecidas:

Sí, se presentaban proyectos. Los proyectos se presentaban afuera. Teníamos el apoyo, ya te dije, de la Fundación Ford, que creo que fue casual o por vínculo de Suzana. Porque teníamos, sobre todo, lo que llamaban *grants*: se apoyaba a la institución en general, en su funcionamiento administrativo, pero sobre todo las grandes líneas de investigación, o las dos o tres líneas de investigación. Y era el IDRC (International Development Research Centre) de Canadá y el SAREC (Swedish Agency for Research Cooperation with Developing Countries) de Suecia [...] Con SAREC tuvimos una vinculación fantástica (Graciela Sapriza, comunicación personal, 26 de octubre 2023).

El trabajo en los centros habilitó un modo de producir conocimiento de carácter interdisciplinario. Los centros se transformaron en espacios germinales para la construcción de dinámicas de producción de conocimiento transgresoras de los límites estancos de las disciplinas y la movilización de saberes orientados no solo a su uso, sino fundamentalmente a la transformación de los problemas. La

interdisciplina fue una característica de origen de los estudios de las mujeres (Bellucci y Smaldone, 2021, p. 31). Esta emergió como un modo de producir conocimiento, aunque en una primera etapa, no fue un objetivo explícitamente buscado, sino el resultado de una estructura de oportunidades excepcional, distinta de las lógicas organizativas universitarias tradicionales.

En estos centros, el intercambio cotidiano entre investigadoras e investigadores de distintas procedencias fue un rasgo distintivo. Como recuerda Graciela Sapriza al referirse a la experiencia de Greclu en CIESU: «La cocina de CIESU era una especie de foro, allí te cruzabas, conversabas con otras personas» (Graciela Sapriza, comunicación personal, 26 de octubre de 2023). Si bien es posible identificar las disciplinas de formación de muchas de las pioneras —como la sociología, la economía, la historia o la demografía—, sus investigaciones no pueden ser estrictamente delimitadas por marcos disciplinares. Sus textos revelan una hibridación de enfoques, preguntas, fuentes y bibliografía que trascienden los límites académicos convencionales.

Se fomentaron enfoques interdisciplinarios y transdisciplinarios que valoraban activamente los saberes de distintos actores sociales —en particular, los de mujeres organizadas— como insumos fundamentales para la investigación. Esta fue una característica central del modo de producir conocimiento de Greclu en concordancia con lo que señala Cristina Moyano (2016) para el caso chileno, un proceso en donde la voz de los sujetos implicados adquirió una autoridad epistémica nueva.

Los problemas abordados requerían un trabajo empírico riguroso, capaz de reconocer las múltiples situaciones de desigualdad presentes en distintos ámbitos. Esto implicaba comprender qué estaba ocurriendo en los territorios y cuáles eran las demandas identificadas por las mujeres y sus organizaciones. Para ello, resultaba imprescindible articular distintas perspectivas disciplinarias y construir colaborativamente con las mujeres. En ese sentido, se desplegaron diversas estrategias para integrar saberes heterogéneos y articular metodologías diversas. Los centros facilitaron y promovieron estas trayectorias, que habilitaron un abordaje integral de la realidad social que evitara simplificaciones y fragmentaciones arbitrarias.

Las investigaciones también se destacaron por la innovación en el uso de estrategias metodológicas y técnicas de producción de datos. Inicialmente, predominaron los métodos cuantitativos, en parte porque eran los más accesibles en el contexto represivo del autoritarismo, que dificultaba el trabajo de campo. Analizar datos secundarios constituyó un primer paso. Por ejemplo, Suzana Prates trabajó con los censos industriales y con informes del Ministerio de Trabajo para estudiar la incorporación de las mujeres a la población económicamente activa. El análisis de estos datos permitió identificar no solo lo que estaba presente, sino también lo que no se mostraba y debía ser revelado. Este fue el caso de la Encuesta Continua de Hogares, en la que se solicitó por primera vez información desagregada por sexo. Como relata Rosario Aguirre: «Los datos estaban ahí y no se habían usado nunca. Fue parte de la democratización de la información. Nosotras no accedíamos a los microdatos, sino que pedimos específicamente algunas aperturas» (comunicación personal, 7 de agosto de 2023). En contextos como el de Ciedur, los datos «duros» también eran una herramienta para legitimar ciertos enfoques de investigación, como recuerda una integrante del equipo: «No los convencías con las entrevistas».

Paralelamente, desde el diseño y la aplicación de metodologías cualitativas se buscó rescatar las experiencias de mujeres con trayectorias y condiciones diversas, con el objetivo explícito de deconstruir la noción de una «mujer universal». Este giro metodológico enfatizó el valor del conocimiento anclado en la vida cotidiana y cuestionó la división arbitraria entre formas de conocimiento consideradas tradicionalmente antagónicas, como lo cuantitativo y lo cualitativo. En este marco, el uso de relatos biográficos, historias de vida y entrevistas en profundidad no solo enriqueció la comprensión



de las experiencias de las mujeres, sino que también permitió ampliar las reflexiones epistemológicas sobre el lugar de las sujetas investigadas. Estas herramientas contribuyeron a integrar a las mujeres en la construcción del conocimiento sobre sus propias problemáticas, al tiempo que ofrecieron nuevas perspectivas para su transformación.

### 3. Del sótano a la casa propia

El recorrido de Greclu condensa una historia singular dentro del campo académico local. De funcionar en el sótano del CIESU —en condiciones materiales y simbólicas de marginalidad— pasó, gracias al financiamiento obtenido, a contar con una casa propia. Este hecho, más que una mejora edilicia, implicó la posibilidad de desplegar sus actividades en un espacio autónomo, pensado desde y para la investigación feminista. En lo que sigue, se analizará su trayectoria académica, su implicancia en el movimiento feminista y su producción de conocimientos situados y políticamente comprometidos.

#### 3.1 Una casa propia de puertas abiertas

Las investigadoras desplegaron múltiples formas de participación en el movimiento: no solo producían conocimiento desde una perspectiva feminista, sino que también intervenían en los espacios militantes, compartían saberes y organizaban actividades de divulgación y formación. Por lo que no se encontraban escindidas del movimiento, sino que participaban activamente en él. La participación de Greclu en el movimiento se evidencia en numerosas publicaciones feministas de la época. Sus trabajos y actividades eran referenciadas en la revista *Cotidiano Mujer*, y organizaban de forma conjunta actividades con otras organizaciones feministas como Plemuu (Plenario de Mujeres del Uruguay).

Por su parte, la revista de Greclu, *La Cacerola*, también se ocupó de difundir tanto eventos de *Cotidiano Mujer*, así como actividades compartidas con Plemuu. Estas menciones cruzadas dan cuenta de un entramado dinámico de relaciones entre organizaciones, donde Greclu ocupaba un lugar central. Los trabajos de Greclu circulaban, eran citados y debatidos en distintos ámbitos, funcionando como insumos clave en la construcción colectiva del pensamiento feminista de la época.

En este marco, la publicación feminista *La Cacerola* tuvo un papel destacado como vehículo de articulación y formación. Sus autoras no se limitaban a escribir, sino que distribuían la revista en sindicatos y grupos de mujeres, generaban espacios de debate en torno a los contenidos publicados y promovían instancias de formación (Fry et al., 2024). Como señala una entrevistada: «Ir a los cursos de Greclu nos formó» (Lilián Celiberti, comunicación personal, 21 de marzo de 2024).

Además de la circulación de su producción investigativa, Greclu desempeñó un rol central en el movimiento al establecerse como espacio de formación feminista. El colectivo organizaba cursos de capacitación estructurados en torno a temáticas como la mujer en la historia, legislación laboral y la participación sindical, con el objetivo de transmitir los conocimientos generados en sus principales líneas de investigación y promover su posterior multiplicación entre otras mujeres en sus diferentes espacios de acción.<sup>1</sup> Estas instancias resultaron fundamentales en los procesos de politización feminista, y muchas de las entrevistadas, referentes de distintos colectivos, reconocen en Greclu un espacio clave en sus trayectorias militantes. En reiteradas ocasiones se lo menciona como «la escuelita», en alusión a su función formativa dentro del movimiento, una «escuela también de feminismo» (Elvira Lutz, comunicación personal, 10 de abril de 2024).

1 *La Cacerola*, año 5, número especial marzo de 1988, p. 11.

Lejos de posicionarse como observadoras externas, las investigadoras eran parte del proceso colectivo de construcción del feminismo. No investigaban desde los márgenes del movimiento, sino que eran sus protagonistas, que participaban en su consolidación y transformación.

El rol de Greclu como espacio de formación y la circulación de saberes y materiales feministas, particularmente a través de *La Cacerola*, funcionó como catalizador de debates e instancias organizativas que impulsaron y fortalecieron la conformación de otros espacios de mujeres, como Plemuu. Así lo relata una entrevistada al rememorar los inicios de la organización:

¿Quién viene y nos empieza a repartir *La Cacerola*? La periodista, llevaba *La Cacerola*, Mercedes Sayagués. Y nos reparte a todas aquellas mujeres y bueno, algunas... Y hubo una gran discusión, te podrás imaginar, porque había mujeres que esto, que esto no tiene nada que ver, que yo qué sé, y otras enseguida nos enganchamos. Y ahí es donde se fortalece la creación del Plemuu. Porque ahí hicimos nosotros una plataforma ya, a partir de los derechos de las mujeres, como decía. Y bueno, entonces, ahí ya, imagínate que ya funcionaba *La Cacerola* y el Greclu, ¿viste? Y ahí, por supuesto, para nosotras después fueron referentes Nea Filgueira, Graciela Sarpiza, y para mí fue determinante Silvia Rodríguez (Margarita Percovich, comunicación personal, 5 de abril de 2024).

La participación de las investigadoras en el movimiento da cuenta de un feminismo comprometido con la producción de conocimiento situado, orientado a la transformación social. La investigación se ponía al servicio de la comprensión crítica de la condición de las mujeres y de la denuncia de las estructuras de opresión que la sostenían. Esta perspectiva encarnaba una práctica epistemológica feminista que desafiaba las fronteras tradicionales entre teoría y práctica, entre academia y militancia. Como señala Carosio (2019), los centros de estudio se configuraron como una «mezcla explosiva e impulsiva entre militancia y academia» (p. 152), dando lugar a espacios de producción de conocimiento marcados por el compromiso político y la acción colectiva.

### 3.2 Investigar, escribir y divulgar

Las investigaciones desarrolladas por Greclu se abocaron a la producción de conocimiento riguroso sobre las condiciones de vida de las mujeres uruguayas. Estas experiencias investigativas cuestionaron los límites tradicionales del conocimiento científico al incorporar dimensiones históricamente invisibilizadas o deslegitimadas por las ciencias sociales. En sus múltiples producciones se encuentran las disputas al sentido común hegemónico, el desarrollo de marcos interpretativos sobre la opresión de las mujeres y el consecuente desarrollo de reflexiones sobre su emancipación.

Las investigadoras feministas plasmaron sus hallazgos en una variedad de formatos, ubicados en una gama que iba desde producciones más próximas al lenguaje y formato académicos tradicionales hasta otras más directamente ligadas al movimiento. Así, elaboraron cuadernos de investigación, documentos de trabajo, libros, capítulos de libros y presentaciones en congresos, lo que inscribe parte de su producción en los circuitos tradicionales del saber.

Al mismo tiempo, y en una clave más cercana al activismo, esos mismos insumos investigativos fueron utilizados para la elaboración de revistas feministas —*La Cacerola* fue el ejemplo paradigmático—, así como en talleres de formación dirigidos a mujeres organizadas, no necesariamente feministas. Esta circulación ampliada de saberes refleja una estrategia consciente de producción, orientada a producir conocimiento accesible y políticamente significativo para distintos públicos.

En este marco, las investigaciones desarrolladas por Greclu y su vinculación con el movimiento a través de *La Cacerola* retomaron muchas de las preocupaciones que atravesaban al feminismo de los años ochenta. Al igual que el feminismo contemporáneo, el de esa década impulsó reflexiones e

impugnaciones en torno a múltiples dimensiones de la vida social desde la preocupación por la doble jornada a los debates sobre la salud sexual de las mujeres (Fry et al., 2024).

*La Cacerola* se ocupó expresamente de la participación de las mujeres en el mercado laboral, de la reflexión teórica y empírica sobre el trabajo reproductivo, de la representación política de las mujeres en el Estado y en los partidos, del lugar de las mujeres en la historia, su rol en la educación, así como de su salud y sexualidad. Muchos de estos contenidos se basaron en investigaciones producidas por el propio colectivo, en particular los referidos al trabajo, la participación política y la genealogía de las mujeres, mientras que otros números contaron con colaboraciones externas, como fue el caso de los artículos sobre sexualidad. Este amplio abanico de intervenciones intelectuales revela una voluntad de desbordar los márgenes del campo académico, ensayando modos de producción y circulación del conocimiento.

La revista feminista constituye el formato por excelencia en el que las investigadoras logran desplegar una forma de escritura particular, distante del *habitus* académico (Bentancor y De Giorgi, 2024). En su pluma irreverente se encuentra la denuncia a las diversas situaciones de desigualdad que atraviesan la vida de las mujeres. A través de recursos lingüísticos que generan cercanía con las lectoras, se narran experiencias cotidianas compartidas por muchas mujeres, y se apela a una identificación afectiva y política. Así, se problematizan los roles impuestos a varones y a mujeres al identificarlos como construcciones sociales forjadas en procesos de socialización desiguales, que producen sujetos encargados de llevar a cabo actividades visibilizadas y valoradas de forma desigual.

El recurso a los roles femeninos tradicionales permite evidenciar su carácter construido y su arbitrariedad, al tiempo que se señalan sus consecuencias concretas en términos de desigualdad. Entre estos, las imposiciones vinculadas al trabajo no remunerado ocupan un lugar central: se visibiliza su carga, se denuncia su naturalización y se reflexiona teóricamente sobre su función en la organización social.

**¡Hola, Mujer Maravilla!**

**E**n el primer número nos ocupamos del trabajo gratuito que realiza la mujer, o sea, las tareas domésticas. Esta segunda *Cacerola* se dedica al trabajo remunerado. ¿Que éste se encuentra lejos de las *cacerolas*? En absoluto: sirve para llenarlas.

Unas 300.000 uruguayas —el 26% de las mujeres mayores de 12 años— componen la fuerza de trabajo femenina. (Las amas de casa trabajan también, claro, pero gratis). No hay datos que permitan establecer cuánto ganan las mujeres: por ejemplo, qué porcentaje gana apenas el salario mínimo nacional.

O cuántas son el único ingreso del hogar. Lo que sí es posible afirmar es que muy pocas ocupan puestos de poder y responsabilidad, y que una mayoría está reducida a los trabajos más ingratos y menos calificados (ver pág. 1).

Por cierto que hombre y mujer son igualmente explotados por el capital.

Por otra parte, la ideología de la domesticidad que desde pequeñas hemos absorbido nos hace sentir culpables por descuidar casa y familia. La presión para ser una madre abnegada y una eficaz ama de casa está reñida con la jornada de 8 horas. Y

Algunos opinan que la mujer se libera cuando sale a trabajar. Con un desempleo del 16% y el salario real reducido en 54% desde 1972, ¿cuántas uruguayas trabajan por elección, por una opción de realización personal, y cuántas por obligación, por necesidad de supervivencia de la familia?

Para muchas mujeres el trabajo es una obligación dura e ineludible que les roba el tiempo para disfrutar de sus hijos, que les impide un espacio para sí mismas, para pensar su identidad y su historia.

Más bien, el sistema quisiera modelar nuestra identidad. Manipulamos a través de la publicidad y los medios de comunicación en especial la TV, incitando al consumo desmedido. El bombardeo constante de imágenes y mensajes está pensado para influir, no sólo sobre los sectores privilegiados, sino sobre todas las clases, aún las más desguarnecidas, estimulando a comprar, a consumir más y más.

Fuente: *La Cacerola*, año 1, n.º 1, 1984, p. 9



Fuente: *La Cacerola*, año 1, n.º 2, 1984, p. 3

El humor y la ironía se vuelven herramientas clave para desarmar las imágenes dominantes de la feminidad, como la de la «mujer maravilla», que sintetiza las exigencias múltiples y contradictorias dirigidas a las mujeres, junto con su falta de reconocimiento social: «si se quedó en casa todo el día, ojalá pudiera yo».<sup>2</sup> Esta escritura sarcástica y crítica se ve reforzada por el uso del humor gráfico, que ilustra y potencia la denuncia: una mujer representada como un robot programado para «lavar, planchar, cocinar»<sup>3</sup> da cuenta, con crudeza, de la alienación impuesta por los mandatos de género.

La fuerza de esta pluma radica en la articulación entre experiencia individual y colectiva, en la identificación de regularidades en las opresiones vividas. Si bien se apela ocasionalmente a estadísticas (por ejemplo, en la sección «Identikit»), es la narración de lo cotidiano lo que estructura el discurso y habilita formas de reconocimiento mutuo. La irreverencia se manifiesta tanto en los contenidos como en los formatos, en el estilo narrativo y en la cercanía de los relatos, que escapan a los moldes de la escritura tradicional para ensayar nuevas formas de decir y de politizar la experiencia.

Esta pluma irreverente representaba una forma de soltarse de los moldes que imponía el disciplinamiento de la escritura académica. Habilitaba la exploración de recursos literarios diversos, lo que no solo implicaba una variación en la forma, sino también la posibilidad de construir nuevos sentidos y modos de enunciación. Al modificar los modos de decir, se transformaban también los contenidos y las formas de recepción, es decir, lo que produce en las lectoras.

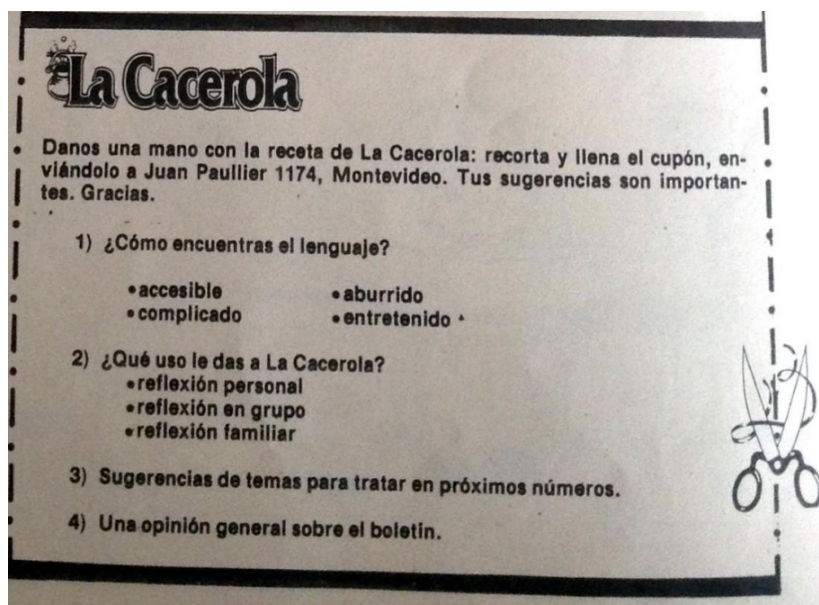
En lugar de apoyarse en la autoridad de las referencias académicas tradicionales o en la impersonalidad característica del saber institucionalizado, se apelaba al sentido común y a las experiencias vividas, en una complicidad compartida con las lectoras. Las autoras se inscribían en un *nosotras* colectivo: mujeres que padecen desigualdades y que impulsan procesos de transformación. Esta práctica desestabiliza los códigos de la escritura académica y constituye una apuesta política por formas otras de conocimiento y de transmisión. Como señala Moyano (2016), el vínculo que establecieron estas organizaciones con los sectores populares en los años ochenta se sostuvo en una concepción crítica de la ciencia y del rol del intelectual, que cuestionó la autoridad como forma de legitimación del saber,

<sup>2</sup> *La Cacerola*, año 1, n.º 1, 1984, p. 9.

<sup>3</sup> *La Cacerola*, año 1, n.º 2, 1984, p. 3.

problematizó el lugar privilegiado de la universidad en la producción de conocimiento y revalorizó los saberes populares como base para la investigación.

El desarrollo de una práctica de investigación feminista no solo implicó la incorporación de objetos de estudio novedosos y la exploración de nuevos formatos de producción, sino que también estuvo atravesado por la preocupación sobre los fines del conocimiento y, en consecuencia, sobre sus modos de divulgación. En este marco, una dimensión central de la construcción feminista del conocimiento radica en su circulación y apropiación por parte de los grupos de mujeres, es decir, en la producción de saberes orientados a la transformación social. Tal como se evidencia desde su primer número, existía una preocupación explícita por la recepción de la revista, por garantizar un formato accesible y por habilitar instancias de discusión en torno a una diversidad de temas.



Fuente: *La Cacerola*, año 1, n.º 1, 1984, p. 6.

La experiencia de *La Cacerola* se inscribe en esta perspectiva, al incorporar una estrategia de divulgación que Greemu denominó *triangulación*. Esta consistía en la articulación permanente entre la producción de conocimiento, la comunicación de sus resultados y el trabajo con grupos de mujeres a través de la revista. Luego de la distribución gratuita de cada número, se promovían instancias de diálogo con mujeres vinculadas a sindicatos u organizaciones territoriales, con el objetivo de recoger sus opiniones sobre los contenidos publicados. Estas devoluciones —que incluían observaciones sobre la claridad o dificultad de los textos, así como comentarios críticos sobre los temas tratados— eran retomadas como insumos en la elaboración de futuras ediciones. Esta práctica, profundamente influenciada por los principios políticos y pedagógicos de la Educación Popular, constituye uno de los aspectos más emblemáticos de la experiencia de *La Cacerola* en Uruguay.

### 3.3 Lejos de la torre de marfil

Tal como se evidencia en la elección de temáticas novedosas, en el uso de metodologías interdisciplinarias, en los diversos formatos en los que intervenían, así como en sus vínculos con el movimiento y su apuesta por la divulgación, es posible afirmar que el desarrollo investigativo de los nacientes



estudios de las mujeres en Uruguay, a partir de la experiencia de Greclu, estuvo atravesado por un profundo compromiso político-intelectual.

Desde su presentación como grupo de estudios, el colectivo afirma:

El objetivo de este grupo interdisciplinario es plantear y legitimar la problemática de la mujer en el Uruguay. Para ello desarrolla dos tipos de actividades, la investigación y la difusión de ese trabajo en el diálogo con las mujeres, enfocados desde una perspectiva feminista: registrando, denunciando y haciendo conciencia de todo tipo de opresión y discriminación que experimenta la mujer en nuestra sociedad.<sup>4</sup>

En esta formulación se enuncian explícitamente como feministas y como productoras de investigación feminista. Como señalaba Suzana Prates (1987d), Greclu «había entendido que no podía quedar encerrada en la torre de marfil del conocimiento académico» (p. 261). Lo que Marysa Navarro (1979) describía aún como una reticencia de las investigadoras a asumirse como académicas en el contexto latinoamericano, aparece, hacia mediados de los años ochenta en Uruguay, claramente transformado: en el caso del Greclu, se trata de una toma de postura política y feminista, explícita y constitutiva de su práctica investigativa.

En sus prácticas y producciones se advierte una clara vocación por una ciencia transformadora, concebida como herramienta al servicio del cambio social. Las integrantes de Greclu promovían un modo de hacer investigación que implicaba el encuentro con otras mujeres, motivadas por el deseo de estudiar y producir conocimiento, reflexionar colectivamente y construir saberes desobedientes orientados a la *liberación de todas*. Como señala Moyano (2016) para el caso chileno, a pesar de las transformaciones en torno al compromiso puede identificarse un lazo con el anhelo de transformación de los sesenta y esto es algo que también sucede con el caso de algunas de sus integrantes. Silvia Rodríguez Villamil, otra referente, se había pronunciado en 1969 sobre el rol ineludible de la historia en los procesos de liberación.<sup>5</sup>

A través de la producción de conocimiento, buscaban comprender la situación de las mujeres en diversas esferas de la vida social, desnaturalizar el orden de opresión y las relaciones de desigualdad, así como visibilizar los mecanismos que las posibilitan y sostienen. Como señalan De Giorgi y Bentancor (2025), «el grupo de estudios se constituía a la vez como espacio para la investigación y como una plataforma para la circulación de ese conocimiento con objetivos políticos en clave emancipatoria» (p. 9). La investigación, en este marco, no se entendía como un fin en sí mismo, sino como parte de una estrategia política orientada a la transformación social, como lo hacía explícito Prates (1987d) en uno de sus textos más reflexivos:

La conciencia de que la investigación y la reflexión feminista no podía ni debía quedar «intra-muros», en la academia, sin un compromiso ideológico y militante más amplio, implicó el pensar estrategias que viabilizaran la práctica teórica como instrumento para el proceso de concientización de los grupos organizados de mujeres. Se entendió en Greclu, que era imprescindible lograr una devolución del conocimiento elaborado sobre nuestra realidad de género de tal forma que las mujeres, actrices del proceso, pudieran apropiarse de este conocimiento, rectificarlo y en esta dinámica alcanzar un referente colectivo que nos identificara como actrices de los procesos de transformación y construcción de la sociedad, de tal forma, a incrementar colectivamente el nivel de poder de las mujeres (p. 263).

Según Carosio (2019), una de las características distintivas del feminismo latinoamericano fue su orientación hacia reformas sociales profundas, en las que los derechos de las mujeres ocuparon un lugar central, en diálogo constante e intencionado con los sectores populares. En este contexto, fue el

4 *La Cacerola*, año 1, n.º 1, 1984, p. 2.

5 Rodríguez Villamil, S. (1969). *Enciclopedia Uruguay*, n.º 57.



movimiento de mujeres el que posibilitó la construcción y legitimación de una nueva problemática científica, inicialmente centrada en las mujeres y, luego, en el género (Costa, 1988).

Fue precisamente la hibridez entre militancia y academia —la construcción de un *entre*— lo que hizo posible este particular despliegue intelectual y político. Ese espacio intersticial, situado entre el trabajo académico y el activismo, habilitó la producción de intervenciones intelectuales capaces de enriquecer el conocimiento científico al construirlo en diálogo con el movimiento de mujeres, es decir, con sus protagonistas y destinatarias. En ese *entre*, los saberes no solo se generaban, sino que también circulaban en diálogo con las organizaciones del movimiento, los medios de comunicación feministas y sus centros de investigación, sin escisiones tajantes entre académicas y activistas: las investigadoras eran también militantes (Fry et al., 2024). Este cruce no solo fortalecía la dimensión política del conocimiento producido, sino que también aportaba al propio movimiento, al elaborar diagnósticos y reflexiones accesibles, sin renunciar a la densidad teórica.

El testimonio recogido por Moyano (2016, p. 26) resulta particularmente relevante y guarda notables coincidencias con la experiencia de Greemu. En él se señala cómo el trabajo y la militancia en las ONG permitían sostener formas de compromiso político a través de múltiples prácticas —participar en marchas, asistir a talleres de educación popular, producir revistas—, las cuales, para muchas y muchos, llegaron a representar una alternativa significativa frente a la militancia política tradicional. Sin embargo, en el caso de Greemu, es importante no perder de vista un matiz fundamental: sus integrantes no solo desarrollaban estas formas de acción, sino que eran también militantes políticas, con trayectorias orgánicas en partidos de izquierda (De Giorgi, 2020).

#### 4. Volver a los ochenta. Apuntes finales

Este texto se propuso retornar a la década del ochenta para recuperar procesos fundamentales de la época que han permanecido en gran medida invisibilizados, incluso por los estudios críticos más recientes que cuestionaron a sus antecesores vinculados al enfoque de la transitología. Esta es una reflexión que aborda al feminismo de los ochenta, pero en una vertiente específica: aquella que refiere a las iniciativas relacionadas con la investigación científica y la reflexión teórica. No obstante, no se recurre aquí a la noción de «feminismo académico», en tanto dicha categoría resulta anacrónica o insuficiente para describir el fenómeno en cuestión. Quienes dedicaron gran parte de sus esfuerzos a leer, estudiar, investigar, escribir y difundir los conocimientos, no lo hicieron en un sistema cerrado, como es el académico, tampoco lo hicieron en el marco de la universidad pública.

El espacio en el que se desarrolló esta vertiente o forma de intervención intelectual feminista resulta central para comprender las características del fenómeno en Uruguay y la región, así como para revisar ciertas interpretaciones previas. En este sentido, adquieren relevancia los centros privados de investigación en ciencias sociales, que albergaron los primeros grupos dedicados al estudio de las mujeres. Este es un detalle no menor, aquí hemos abordado grupos de estudio insertos en instituciones más amplias, liderados por una o pocas investigadoras, que no formaban parte de las líneas hegemónicas de dichos centros, sino que ocupaban posiciones marginales, configurando lo que podría denominarse una periferia dentro de la periferia.

Los estudios antecedentes sobre los centros de investigación privada que fungieron como espacios paralelos de formación mientras las universidades estuvieron intervenidas por las dictaduras del Cono Sur suelen presentar una mirada bastante pesimista, sobre todo con relación a la capacidad crítica de las ciencias sociales allí desarrolladas. Se señalan los procesos de profesionalización y el corrimiento hacia una producción más técnica que tuvo lugar en estos centros como los estudios de

opinión pública y las encuestas de mercado (Markarian, 2020), quedando invisibilizados otros procesos como los de politización del conocimiento que promovió el feminismo. Al analizar el recorrido de los estudios de las mujeres en el caso uruguayo, parece necesario matizar la ruptura con la idea de compromiso intelectual.

Con mayor o menor irreverencia en sus prácticas, los dos grupos que analizamos en la investigación que da lugar a este artículo entendieron a los estudios de las mujeres como una herramienta para cambiar el mundo, un mundo desigual en términos de género. Las investigadoras descubrieron que el conocimiento científico no cumplía con la promesa de neutralidad, sino que producía efectos sexistas concretos: invisibilizaba a las mujeres y construía un conocimiento androcéntrico, elaborando preguntas que resultaban pertinentes solo para una parte de la sociedad. También constataron que las ciencias sociales y humanas no solo mantenían una deuda con las mujeres en términos de los objetos de estudio, sino también en relación con quienes investigaban: una distribución desigual y persistente que revelaba lo que nombraron claramente como «patriarcalismo científico» (Prates, 1987c) o el «patriarcalismo académico».<sup>6</sup>

La desigualdad entre varones y mujeres —o, más precisamente, el lugar subordinado que ocupaban las mujeres y los sujetos feminizados en la sociedad— no era la única preocupación que las movilizaba. Su interés estuvo orientado a comprender cómo esa subordinación se articulaba con el sistema capitalista, al que no concebían como un orden natural. La centralidad otorgada a las mujeres de los sectores populares en el análisis de la doble explotación es un indicador elocuente de esta perspectiva. Si bien reconocían la desigualdad estructural, también advertían que su manifestación no era homogénea: no afectaba de igual modo a todas las mujeres del país, ni podía pensarse de la misma manera entre mujeres del Sur y del Norte global.

La transformación política debía tramitarse de forma democrática. Al igual que el resto de la élite política e intelectual de la época, la revolución dejó de figurar como horizonte, y las posibilidades de cambio quedaron encapsuladas dentro de los márgenes de la democracia. Sin embargo, para el feminismo, la democracia no se reducía a un conjunto de reglas formales de participación, representación o expresión, sino que se trataba de construir una sociedad —democrática— sin ciudadanas de segunda. En ese marco, la democracia pasó a ocupar el lugar simbólico que antes había tenido la revolución, disputando sentidos y reclamando igualdad. La consigna «democracia en el país y en la casa» está lejos de implicar una mera aceptación de la institucionalidad democrática; por el contrario, expresa una demanda profunda que va mucho más allá de las reglas de alternancia en el poder.

Un caso singular en este recorrido es el de Grecmu, tanto por las condiciones en que se constituyó como por el papel desempeñado por quienes lo integraron. Se trató de un grupo de estudios, pero también ha sido recordado y analizado también como una organización feminista, con vínculos e intersecciones tan densas que su clasificación resulta un desafío. Este espacio fungió como centro de investigaciones, escuela de formación y organización feminista. Desde allí quienes lo habitan, en una parte importante dobles militantes, se enunciaron feministas y llamaron a su investigación con el mismo apellido. No se trataba de académicas «bien comportadas» como las que aparecerían en escena en la década siguiente, ni llamaron a la moderación política como lo hicieron tantos de sus colegas e interlocutores en los años ochenta.

El compromiso político que guiaba la investigación feminista no supuso, en modo alguno, una renuncia a la rigurosidad. Buena parte de los estudios producidos en ese período mantienen plena vigencia, como las investigaciones sobre el trabajo no remunerado de las mujeres o la relectura crítica

6 *La República de las Mujeres*, entrevista con Rosario Aguirre, año 1, 26 de noviembre de 1988, p. 8.

de la historia a partir de la identificación del sesgo androcéntrico. Es importante subrayar, además, que muchas de las reflexiones que hoy podrían inscribirse en el campo de la epistemología feminista se gestaron en un contexto en el que la hoy vasta producción en este campo era muy incipiente y no tenía aún una circulación global.<sup>7</sup> Fue desde la experiencia situada de producción de conocimiento que aquellas investigadoras iniciaron una reflexión profunda sobre las condiciones y posibilidades de los saberes feministas.

Quienes formaron parte de Grecmu fueron fundamentales para esta experiencia singular, al igual que las condiciones materiales que hicieron posible ese proyecto. De trabajar en un sótano, pasaron a habitar y compartir una casa propia, un logro que solo fue posible gracias a la cuantiosa suma de financiamiento externo. Allí construyeron su mundo, sin tener que dar explicaciones obvias a los compañeros, un mundo entre mujeres que permitió ampliar la reflexión feminista sin los consuetudines ni vigilancia de la patrulla académica. En estos tiempos de asedio a las universidades, no sostenemos que solo fuera de ellas donde es posible pensar críticamente y desde una perspectiva feminista, pero sí resulta imprescindible reconocer que lo que fue considerado periferia (cuyo desarrollo está intrínsecamente vinculado a la intervención de la universidad) —y por ende un espacio no central de producción de conocimiento— permitió el desarrollo de otras prácticas intelectuales.

La paradoja de una dependencia externa de fondos que permitió, a la vez, la construcción de autonomía. Sin duda, ese financiamiento fue posible en un contexto particular —la década de la mujer— en la que los esfuerzos, aunque infructuosos, por revertir la desigualdad generaron una multiplicidad de incentivos, entre ellos los recursos económicos.

Las discusiones sobre el financiamiento externo suelen conducir rápidamente a la conclusión de una ciencia condicionada a investigar ciertos temas y a la pérdida de autonomía académica. Sin embargo, al analizar el caso de Grecmu, esto no parece ser así: las investigaciones no estaban orientadas simplemente a empoderar a las mujeres del Tercer Mundo. Aunque las protagonistas de los estudios eran mujeres de los sectores populares, la estrategia investigativa no se desplegaba desde una posición de superioridad académica ni desde la distancia. La voz del *nosotras* contribuyó además a visibilizar un sistema menos paternalista, que concebía a las mujeres no solo como objeto de estudio, sino también como sujetos activos. Aquellas feministas reconocían que, a través de sus investigaciones, también se estudiaban a sí mismas.

Un apunte final merece la figura de Suzana Prates, referente ineludible de los estudios de las mujeres y de una praxis de investigación que no ahorró compromisos. Aunque su trayectoria ha quedado en buena medida subsumida en la de Carlos Filgueira y en la evolución de las ciencias sociales bajo su influencia, es importante destacar que la historia de ambos no es equivalente, no solo es diferente, sino desigual. El caso de Grecmu es tan singular como su declive, el cual resulta difícil de comprender sin considerar la pérdida que significó la muerte de Suzana Prates, en 1988, un hecho que marcó el cierre de una época en la investigación feminista en Uruguay.

Volver la mirada hacia estas experiencias investigativas resulta fundamental para comprender los procesos de construcción de conocimiento y el desarrollo de la investigación en diálogo con su compromiso político. Grecmu nos demuestra que la reflexión feminista no debía limitarse al ámbito académico, sino que exigía un compromiso más amplio, que estableciera vínculos con los movimientos sociales. Recuperar estas trayectorias aporta enseñanzas valiosas y reafirma la necesaria interrelación entre teoría, práctica y acción colectiva.

7 Las dos principales obras de la epistemología feminista: *The Science Question in Feminism* de Sandra Harding y *Primate visions: gender, race, and nature in the world of modern science* de Donna Haraway fueron publicados en 1986 y 1989, respectivamente.

## Referencias

- AGUILAR, P. L. y LIJTERMAN, E. (2024). Diagnósticos de frontera. Saberes expertos sobre informalidad laboral y trabajo de las mujeres en América Latina (1965-1980). *Perspectivas. Revista de Ciencias Sociales*, 9(18). <https://doi.org/10.35305/prcs.vi18.810>
- AGUIRRE, R. (1995). *Relaciones de género y trabajo femenino. Enfoques teóricos y evidencias empíricas*. Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo.
- BARRANCOS, D. (2013). Estudios de género y renovación de las ciencias sociales en Argentina. *Horizontes Sociológicos*, 1(1). <http://hdl.handle.net/11336/3684>
- BELLUCCI, M. (1992). De los estudios de la mujer a los estudios de género: han recorrido un largo camino. En A. M. Fernández (Comp.), *Las mujeres en la imaginación colectiva* (pp. 27-51). Paidós.
- BELLUCCI, M. y SMALDONE, M. (Comps.). (2021). *El segundo sexo en el Río de la Plata*. Marea.
- BENTANCOR, F. y DE GIORGI, A. L. (2024). Desobediencia intelectual. Las revistas feministas del Cono Sur en los ochenta. Brujas, Mulherio y La Cacerola. *Revista Izquierdas*, (53), 1-28.
- BLÁZQUEZ, N. (2012). Epistemologías feministas: temas centrales. En N. Blázquez, F. Flores Palacios y M. Ríos (Coords.), *Investigación feminista: Epistemologías, metodología y representación social* (pp. 21-38). Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en ciencias y Humanidades; Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, Facultad de Psicología; Universidad Nacional Autónoma de México.
- BOCK, G. (1991). La historia de las mujeres y la historia del género: Aspectos de un debate internacional. *Historia Social*, (9), 55-77. <https://www.jstor.org/stable/40340548>
- BOURDIEU, P. (1999). *Intelectuales, política y poder*. Editorial universitaria de Buenos Aires.
- CAROSIO, A. (2019). Sin disociar la investigación de la lucha: feminismos militantes en la academia latinoamericana y caribeña. *Revista CS*, (29), 139-162. <https://doi.org/10.18046/recs.i29.3744>
- CASAS, M. I., OSTERWEIL, M. y POWELL, D. (2018). *Fronteras borrosas: reconocer las prácticas de conocimiento en el estudio de los movimientos sociales*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- CASCO, J. (2008). El exilio intelectual en México. Notas sobre la experiencia argentina, 1974-1983. *Apuntes*, (13), 149-164. <https://apuntescyp.com.ar/index.php/apuntes/article/view/273/241>
- COSTA, A. (1988). É viável o feminismo nos trópicos? Resíduos de insatisfação - São Paulo, 1970. *Cadernos de Pesquisa*, (66), 63-69. <https://publicacoes.fcc.org.br/cp/article/view/1206>
- DE GIORGI, A. L. (2019). Nosotras, entre defender lo propio y avanzar a la amplitud: feminismo, izquierda y democracia en el Uruguay de los 80. *Novos Rumos Sociológicos*, 7(11), 133-161.
- DE GIORGI, A. L. (2020). *Historia de un amor no correspondido: feminismo e izquierda en los 80*. Sujetos.
- DE GIORGI, A. L. (2022). «En el 8 de marzo nos dan calor». Memorias de expresas políticas uruguayas en la primavera feminista. *Revista Interdisciplinaria de Estudios de Género de El Colegio de México*, 8(1). <https://doi.org/10.24201/reg.v8i1.820>
- DE GIORGI, A. L. y BENTANCOR, F. (2025). Conocer, actuar y desobedecer: ideas feministas sobre la opresión patriarcal y su circulación en Buenos Aires y Montevideo en los 1980. *Tempo* 31(1), 1-21. <https://doi.org/10.1590/TEM-1980-542X2024V310111>
- DE RIZ, L. (1985). Uruguay: la transición desde una perspectiva comparada. En Ch. Gillespie, L. W. Goodman, J. Rial y P. Winn (Comps.), *Uruguay y la democracia. Tomo III*. Ediciones de la Banda Oriental.
- DEVÉS, E. (2003). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX: desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Biblos.
- FEMENÍAS, M. L. (2005). El feminismo académico en Argentina. *Labrys, estudos feministas / études féministes*. <https://www.labrys.net.br/labrys7/fem/mluisa.htm>
- FILGUEIRA, C. H. (1985). Mediación política y apertura democrática en el Uruguay. *Revista Mexicana de Sociología*, 47(2), 45-65. <https://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/62330>
- FRY, M., CUCCHI, B. y ROBELLO, M. (2024). Palabras rebeldes. Movimiento feminista y producción de ideas en el Uruguay de los ochenta. *Encuentros Latinoamericanos (segunda época)*, 8(1), 146-173. <https://doi.org/10.59999/el.v8i1.2370>
- GARCÉ, A. (2005). La ciencia política en Uruguay: un desarrollo tardío, intenso y asimétrico. *Revista de Ciencia Política*, 25(1), 232-244. <https://www.scielo.cl/pdf/revcipol/v25n1/art18.pdf>
- GONZÁLEZ, L. E. (1985). Transición y restauración democrática. En Ch. Gillespie, L. W. Goodman, J. Rial y P. Winn (Comps.), *Uruguay y la democracia. Tomo III*. Ediciones de la Banda Oriental.

- GONZÁLEZ VAILLANT, G. (2018). Entre los intersticios de la democracia: las revistas estudiantiles, la universidad uruguaya en transición y las pujas políticas por los significados de la democracia. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 22(2), 1-26. <https://doi.org/10.35588/dtfrbv52>
- JOHNSON, N. (2000). *The right to have rights: Gender politics, citizenship and the state in Uruguay* [Tesis de Ciencia Política]. Department of Political Studies, Queen Mary and Westfield College, University of London.
- KOHAN, N. (2006). Pensamiento crítico y el debate por las ciencias sociales en el seno de la Revolución Cubana. En *Crítica y teoría en el pensamiento social latinoamericano* (389-437). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <https://biblioteca-repositorio.clacso.edu.ar/handle/CLACSO/10848>
- LESGART, C. (2003). *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Homo Sapiens.
- LOZANO, G. (2019). *Los estudios de género en la UBA y la UNAM: una conquista del feminismo académico*. Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <http://hdl.handle.net/11336/135221>
- MAFFIA, D. (2008). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12(28), 63-98. [http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1316-37012007000100005&lng=es&nr=iso](http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100005&lng=es&nr=iso)
- MANSILLA, H. (2002). Intelectuales y política en América Latina: breve aproximación a una ambivalencia fundamental. *Espacio Abierto*, 11(3), 429-454.
- MARKARIAN, V. (2020). ¿Réquiem para Solari? Relevos de la sociología universitaria uruguaya en los años sesenta y setenta del siglo pasado. *Tempo Social*, 32(2), 33-53. <https://revistas.usp.br/ts/article/view/166500>
- MONTAÑA, M. J. (2013). *Reconstruir la trama democrática en América Latina: el papel de revistas y centros de investigación en la dinámica de renovación intelectual (1970-1980)*. [Ponencia]. X Jornadas de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. <https://cdsa.aacademica.org/000-038/445>
- MOULIAN EMPARANZA, T. (2016). El quiebre del pensamiento crítico. *Anales de la Universidad de Chile*, (9), 53-59. <https://doi.org/10.5354/0717-8883.2015.38699>
- MOYANO, C. (2016). La intelectualidad de izquierda renovada en Chile durante los años 80. Debates y propuestas. *Revista de Historia*, 2(23), 10-34. <https://revistas.udec.cl/index.php/historia/article/view/13>
- MOYANO, C. (2018). Escrituras de mujeres, las huellas del feminismo en las revistas de los Centros Académicos Independientes, Chile 1980-1990. *Catedral Tomada. Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 6(11), 294-312.
- NAHOUM, B. (Comp.). (1999). *Las viviendas por ayuda mutua uruguayas: una historia con quince mil protagonistas*. Intendencia Municipal de Montevideo; Junta de Andalucía.
- NAVARRO, M. (1979). Research on Latin American women. *Signs*, 5(1), 111-120. <https://www.jstor.org/stable/3173538>
- PARIS DE ODDONE, B. (1986). Universidad: pasado reciente, reclamos actuales. *Cuadernos de Tercera Época*, 2(12).
- PRATES, S. (1983). El trabajo de la mujer en una época de crisis (o cuando se pierde ganando). En N. Filgueira (Ed.), *La mujer en el Uruguay: ayer y hoy* (pp. 11-32). Ediciones de la Banda Oriental.
- PRATES, S. (1987a). *Las trabajadoras domiciliarias en la industria del calzado: descentralización de la producción y domesticidad*. CIESU; Ediciones de la Banda Oriental.
- PRATES, S. (1987b). *Los centros autónomos en ciencias sociales en el Uruguay: trayectorias y perspectivas*. Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay; Ediciones de la Banda Oriental.
- PRATES, S. (1987c). Los estudios de la mujer: un desafío para la política universitaria de investigación y docencia. *Serie Documentos Ocasionales*, n.º 12, Grecmu.
- PRATES, S. (1987d). Saberes feministas y poder de las mujeres. En *Participación política de la mujer en el cono sur* (p. 261).
- RAVECCA, P. (2019). *The politics of political science: Re-writing Latin American experiences*. Routledge.
- RIAL, J. (1984). Acuerdos interpartidarios e intrapartidarios en las salidas a procesos autoritarios. Uruguay, 1942 y 1984. En *Segundo Taller Uruguay: transición hacia la democracia. Estudio de las condiciones de viabilidad del proceso de cambio político, 9 al 11 de abril*. Centro Interdisciplinario de Estudios sobre Desarrollo.
- RICO, Á. (2005). *Cómo nos domina la clase gobernante: Orden político y obediencia social en la posdictadura, 1985-2005*. Trilce.
- SEMPOL, D. (2014). *Transiciones democráticas, violencia policial y organizaciones homosexuales y lésbicas en Buenos Aires y Montevideo* [Tesis de doctorado en Ciencias Sociales]. Universidad General Sarmiento, Buenos Aires. <http://repositorio.ungs.edu.ar/handle/UNGS/222>
- SOSA, M. N. (2020). *De la orfandad al linaje. Hacia una genealogía de las luchas feministas del Uruguay post dictadura* [Tesis de Doctorado en Sociología]. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. <https://hdl.handle.net/20.500.12371/11258>